

El asesino de Trotsky identificado en Caracas

El Nacional, 1956-04-15.

Un hombre que quiere mantener el anónimo, cuenta quién es Pablo Mercader del Río, el hombre que asesinó a Trotsky a golpes de pico de alpinista.

Cuando llegué a la cita ayer, estaba lejos de pensar en Trotsky y su asesinato cometido hace 16 años. Me llamaron misteriosamente por teléfono y me ofrecieron un "reportaje sensacional", pero nunca imaginé encontrarme con un compañero de estudios y de trabajo del hombre que mató al político ruso en México y cuya identidad no han podido establecer todavía las autoridades.

Caracas está en un interesante cruce de caminos de nuestro tiempo. Llegan a la ciudad gentes de todas las condiciones y todos los países. Unos vienen a rehacer sus vidas, otros a curiosear de paso, algunos a hacer fortuna en seis meses. Y a Caracas, sin pretensiones de primera ciudad, se ha convertido en los últimos años en una metrópoli de muchos ensayos humanos y de diablo para gentes que han quemado recuerdos de ciudades y de familias por razones de vergüenza o de miedo o de cobardía o de valor o de hambre o de curiosidad.

Hay, así, sorprendentes testigos de crímenes, vilezas y heroicidades escondidos en el anónimo de gentes que se mueven en toda la dimensión de la vida venezolana. Unos hundiéndose en las soledades de tierra adentro, otros dedicándose a su trabajo y hasta a humildes labores de servidumbre, incapaces de abandonar el escenario de cemento caliente de la ciudad.

¿Por qué este hombre que me citó ayer por teléfono quería referirme con detalles quién es el asesino de Trotsky, que lleva 16 años en la penitenciaría de Lecumberri, en México, sin poder ser identificado? No me lo quiso decir, ni yo insistí mucho. Acaso la necesidad de comunicar con voz de anónimo para el público lo que lleva tanto tiempo metido entre las paredes del estrecho recinto de sus soliloquios. La cosa cierta es que el hombre que me llamó ayer, bajo promesa de mantener su nombre en estricta reserva, ha leído hace unos días uno de los muchos artículos que se refieren al singular misterio que rodea al asesino de Trotsky. Y no pudo más.

-2-

Trotsky llegó a México a principios de 1940 y en agosto moría a consecuencia de varios golpes de pico de alpinista en la cabeza. Detenido y juzgado, el asesino fue condenado a 20 años de prisión.

Ya lleva dieciséis años preso y aún no ha podido conocerse la identidad del asesino. Durante el juicio se referían a él como el "judío-francés". Después ha dado

sucesivamente los nombres de Frank Jackson, Jaques M. van den Breshd y Jacques Monard, queriendo hacerse pasar por todos ellos. Distintos careos han puesto en evidencia que no se llama así. Habla muy bien francés; pero cuando hace poco declaró que era belga lo carearon con un funcionario de la embajada de Bélgica en México, y se probó que aunque conocía el país y hablaba bien la lengua no era belga. Un aviador ruso exilado aseguró al verlo que era ciudadano ruso y se llamaba Tovarich Torkoff; pero el asesino le increpó en castellano diciendo que él no conocía el ruso. Recientemente, entre sus papeles encontrados en una casa que habitó en París hallaron un pasaporte con el nombre de Ramón Mercader Del Río, ciudadano español. Ha negado también esta identidad, diciendo que aprendió español durante una corta estancia en España y después en México. Pero a México llegó sólo un poco tiempo antes del asesinato.

La investigación llevada a cabo durante el juicio puso en claro que Monard, como dijo él llamarse entonces, conoció en París a Sylvia Ageloff, hermana de Ruth Ageloff, secretaria de Trotsky. Monard entró en relación con ella por intermedio de Ruby Weill, secretaria de Louis Budenz, ex-director del diario británico "Daily Worker". Sylvia y Monard fueron de París a Nueva York, donde el le advirtió al llegar que en adelante se llamaría Frank Jackson. Un mes después le anunció un viaje a México, ofreciéndole visitar a su hermana Ruth. Sylvia se lamentó después de haber servido de instrumento involuntario a los propósitos de Monard, porque mediante esta amistad logró acercarse a Trotsky, que estaba amenazado de muerte, y matarlo el 20 de agosto de 1940 a golpes de pico de alpinista.

¿Quién es este hombre que mató a Trotsky?

-3-

- Se llama Pablo Ramón Mercader Del Río.

El hombre de la llamada misteriosa está seguro. Estudiaron juntos, trabajaron juntos, conoce su modo de ser, sus actuaciones políticas, sus nombres, ha visto sus fotografías ahora en revistas y periódicos.

- ¿Y quién es Pablo Ramón Mercader Del Río?

Lo conoció de muchacho, en la escuela en Barcelona. Pero no intimaron entonces. Pertenecían a grupos de distintos barrios. Pablo Ramón Mercader Del Río había sido siempre Pau (en catalán, Pablo). Se volvieron a encontrar en 1933 en la Escuela de Artes Gráficas Don Bosco de los Salesianos, en Sarriá. Pau tenía unos 16 o 17 años. Comenzó a aprender para sastre, interno en el instituto. Era un muchacho alto, con gafas de aumento, nervioso. En las fotos de curso aparecía siempre así, largo, flaco, con dos ojos blancos. Al hablar se le trababa la lengua con frecuencia y salpicaba de saliva a los que conversaban con él. Ya a esa edad tenía entradas bastante pronunciadas en el pelo. Al mes de aprendizaje para sastre lo pasaron a un linotipo, porque no le gustaba coser. Pero aquí tampoco pudo durar porque era muy miope y se le cansaba la vista, y lo pasaron a aprendiz de prensista en una máquina "Mhiele" de pliego.

El jefe del taller de imprenta era Celestino Herrero, un madrileño que después colgó sus hábitos, se casó y puso por su cuenta un taller de imprenta llamado "Gráficas

Vitoria", en la calle Aragón, nº 250, en sociedad con Gustavo Cordel, que hoy vive en el edificio "Banca, Soler y Torra", en la Rambla de Los Estudios. Casi los quince empleados del taller eran ex-alumnos del instituto salesiano, y allí se encontró otra vez nuestro hombre con Pau. Andaba siempre vestido con ropas costosas, aunque un poco descuidado. Tenía la manía del azul. Llegaba al taller vestido de traje azul marino, camisa blanca y corbata negra. Se cambiaba de pantalón de mahón azul y camisa caqui de trabajo sin abandonar una pistola de nueve largo que cargaba siempre. Aparte de esta manía que a veces lo ponía a tirar al blanco en el patio mismo del taller, era un muchacho normal, un poco torpe en su oficio, buen compañero. No tenía dotes señaladas de inteligencia, ni era reservado tampoco.

-4-

Refería a menudo los viajes de su madre desde Bélgica, donde residía como miembro del Komintern (después Kominform) y mostraba sus regalos cuando llegaba a Barcelona y hablaba de sus envíos regulares de dinero.

Sus padres vivían separados. Cuando terminaba la media jornada, a las doce, Pau iba a almorzar a la "Casa Cullaretas", en una travesía entre las calles Fernando y Boquería, donde se encontraba con su padre y un hermano menor, de unos catorce años. Después de gastar apenas dos pesetas en el típico almuerzo con abono, de las 30 pesetas que ganaba a la semana, Pau cogía un taxi que pagaba 4,50 para regresar al taller, en la calle Aragón. No había día que no invitara a algún amigo a pasteles o a cerveza o a comer un sandwich.

- ¿Y por qué iba a ganarse 30 pesetas a la semana trabajando de prensista? -le pregunté.

- Porque de este dinero que recibía de la madre no tenía noticias su padre, un hombre tranquilo, sin más política que su catalanismo, un hombre de Macia. El empleo le servía a Pau para encubrir sus actividades ante los ojos de su padre.

Tenía gran afición a la música. En el vestuario guardaba a menudo un saxofón que solía tocar en un rato libre del mediodía. Esto y el tiro al blanco eran entonces su afición favorita. Recuerda que tocaba a menudo "Siboney" y "Marta", dos piezas muy en boga entonces. Lo del saxofón y la pistola era como una manía, los llevaba siempre encima.

Ya en esa época, Pau usaba dos nombres: el suyo, Pablo Ramón Mercader Del Río, y Jacques Monard. Hasta hizo tarjetas con este nombre en la prensa donde trabajaba. El confiaba a sus amigos que tenía que andar prevenido por si había una guerra: "necesito dos pasaportes, por si pasa algo". Se los consiguió su madre, que también viajaba ya con el nombre de Madame Monard cuando venía de Bélgica a España. Pau explicaba jactanciosamente que el nombre supuesto lo habían adoptado su madre y él transponiendo las letras de su segundo nombre (món-ar) de una forma un poco caprichosa y añadiendo la inicial de Del Río, de su madre, para que pareciese belga. Sea o no este el origen del nombre, el hecho cierto es que tenía tarjetas y pasaportes con estos dos nombres, y que no era un misterio eso para algunos de sus compañeros de trabajo con los que intimaba.

No se le conocía amigos íntimos fuera del trabajo. Se le veía algunas veces en la calle con Miguel Molins, un costarricense que vivía con sus padres en Barcelona. Este Molins asistía a la escuela de la CEDA, como partidario de Gil Robles, y discutía con Pau a menudo sobre política. También se le veía a veces con José María Tormo, un dibujante que después trabajó con él durante la guerra y ahora vive en la calle Doctor Dou, en Barcelona. A estos amigos invitaba a cigarrillos americanos y a beber licor, vestido con su acostumbrado traje azul marino, su camisa blanca y su corbata negra, aunque anduviese descuidado, sin afeitarse y despeinado.

-5-

Algunas informaciones atribuyen ahora a Eustasia María Caridad Del Río, madre de Pau, cinco hijos. Pero en aquel entonces sólo tenía tres. Ella, que estaba separada, vivía en Bélgica, viniendo a Barcelona cada dos o tres meses, a veces más a menudo, vivía con la única hija, "una muchacha rubia". El padre, Pablo Mercader, era un oficinista de vida metódica; acusó dolorosamente el golpe de verse abandonado por su mujer; no tenía ninguna significación social o política; mandaba al hijo menor a la escuela y se reunía con él y con Pau para el almuerzo en la "Casa Cullaretas" al mediodía. Los tres se reunían de nuevo en la noche, en el piso que tenían en la calle Escudillers.

-6-

Pau pertenecía al Partido Socialista, pero cuando el partido se dividió para dar paso al nuevo Partido Socialista Unificado, presidido por Comorera, de directrices comunistas, Pau ocupó un puesto aquí.

"Anoche hemos tenido un tiroteo con los del PUM" (Partido trotskista), contaba a la mañana siguiente a algún compañero de trabajo.

Ocupaba un cargo de agitador en los mítines de las grandes mayorías anticomunistas de Barcelona. No tenía gran capacidad intelectual, pero servía para este trabajo. Ya en aquel tiempo hablaba muy bien francés, que estudió en la escuela y después practicó durante algún tiempo con su madre en Bélgica. Cuando le llamaba su madre por teléfono al taller, hablaban entre ellos en francés. Hay indicios de que siguió algún curso de ruso en la CAOCI, en la Rambla de Santa Mónica. Hablaba también catalán muy bien, por supuesto, y un castellano bastante deficiente y salpicado de catalanismos. Estos eran sus conocimientos y su capacidad intelectual y esta su actuación política conocida.

-7-

El 19 de julio, al día siguiente de estallar la guerra, Pau desapareció. No fue al trabajo ni notificó nada. Nadie lo vio por un tiempo. Simplemente había desaparecido.

Se vieron dos años después, en 1938, en la Rambla de Los Estudios. Iba vestido de Comandante. Se abrazaron y le ofreció un puesto, que él no aceptó. Le contó que su madre tenía un alto cargo en el directorio del Partido Comunista y que él tenía un buen puesto en la sección de agitación del partido, y volvió a ofrecerle un "enchufe" (cambur). Después se despidió presuroso porque iba "al Hotel Colón, a una reunión muy importante". Estaba más grueso y llevaba sus gordos vidrios de miope.

No lo ha vuelto a ver más.

-8-

Después de terminada la guerra tuvo un encuentro con el padre de Pau, en la plaza Urquinaona, y le preguntó por él: "No tengo más noticias de Pau que las que tuve el 39, al terminarse la guerra, desde Bruselas, diciéndome que estaba bien con su madre y hermanos", dijo el viejo, que parecía muy afectado, "y que iban para Rusia". Pablo Mercader murió poco tiempo después.

-9-

- ¿Cuándo tuvo usted la sospecha de que el asesino de Trotsky y Pau eran el mismo sujeto? -le pregunto al hombre.

Hace memoria. Fue el 46. Llegó a sus manos una edición de "Paris Dimanche" con un reportaje gráfico acerca de un tal Monard que estaba preso en México desde el 40 por asesinar a Trotsky. El apellido le llamó la atención; las fotos confirmaron su primera sospecha. Era el mismo tipo alto de gafas gruesas que él conocía. Después coincidieron sus actividades antitrotskistas de Barcelona, la dependencia casi total de su madre, que estaba en Rusia con un alto puesto en el Kominform. Lo habían podido elegir porque conocía castellano y podía desenvolverse mejor en México. Tenía la afición a la música que decía tener el autor del reportaje. Después se confirmaron con la aparición de ese pasaporte a nombre de Mercader Del Río en la habitación que ocupó durante un tiempo en Paris.

- Pero -le pregunto- ¿Y cómo es que la autoridad policial de México no ha podido obtener la identificación completa, cuando es tan fácil investigar en Barcelona?

- Por una parte, que la versión del pasaporte a nombre de Mercader Del Río es bastante reciente, y por otra, que a menos que hayan dado accidentalmente con algún amigo íntimo o con algún compañero de trabajo, apenas es conocido en Barcelona. No era una familia con amistades. A los Mercader Del Río conocía muy poca gente. No tenían relaciones sociales. Trabajaban cada uno de su lado, padre e hijo, y se reunían sólo a almorzar en un restaurante donde no trataban a nadie; iban a dormir a una habitación donde sólo iba una mujer a hacer la limpieza y donde tampoco trataban a nadie. Las demás relaciones que tenía Pau eran del medio de sus actividades clandestinas.

- ¿Hay alguna señal que podría identificarlo?

El hombre del anónimo telefónico recuerda un poco y después me dice:

– Nada muy especial, acaso. Pero están la afición a la música y que toca saxofón; que salpica baba al hablar, a menos que se haya corregido, y que tiene una cicatriz en el brazo derecho, que no es de la guerra, como dice alguien, sino que yo se la conocía desde los estudios donde los salesianos. Pero lo he visto en las fotos, es él.

Y el hombre se despide de mí, confiado, sin más, en mi discreción.

–10–

El hombre que conocía por una hora parecía como liberado de un secreto. Uno de los miles y miles que andan encerrados en las cabezas y los pechos de las gentes de todas condiciones y nacionalidades que llegan a la ciudad para rehacer sus vidas o curiosear de paso o hacer fortunas en seis meses, o esconderse de vergüenzas cometidas en la agonía europea de las últimas guerras o a sufrir dignamente, trabajando, las consecuencias de haber perdido con honor una guerra que no quisieron.